

ra de mas aina sojuzgarlos, y con los unos y con los otros maneaba y á cada uno en secreto le agradecia el aviso que me daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro.”

Decidida la marcha á Cholula, los tlaxcaltecas ya que no pudieron disuadir á Cortés de verificarla, le instaron para que les permitiese acompañarle en gran número; pero Cortés no quiso que le siguiesen mas que seis mil hombres. En Cholula fué recibido con las mas grandes muestras de amistad y consideracion; pero á poco se comenzaron á observar señales indefectibles de algun secreto plan que se tramaba contra los españoles, del cual tuvo Cortés noticia cumplida por la comunicacion que hizo á Doña Marina la muger de uno de los caciques que habia trabado mucha amistad con ella. El plan venia de la corte de Méjico y habia sido combinado por los embajadores megicanos que acompañaban á Cortés, con quienes se habian puesto de acuerdo otros enviados recientemente venidos de la capital, de que Cortés no habia tenido conocimiento. Lo que se intentaba era atacar á los españoles á la salida de la ciudad, cuyas calles habian sido cortadas con estacadas ocultas, para hacer caer en ellas á los caballos, al mismo tiempo que de las azoteas vendria sobre ellos una lluvia de piedras y armas arrojadas, de que se habia hecho gran provision, entrando á la vez el ejército megicano, que estaba acampado en las inmediaciones. Tenian por tan seguro el éxito, que de antemano habian dispuesto sacrificar en Cholula una par-

te de los prisioneros, y conducir á Méjico con el mismo objeto todos los demas.

Cortés, descubierto el plan, trató de tomar tales medidas que no solo le sacasen de la difícil situacion en que se hallaba, sino para dar un golpe que convenciese, que si los españoles no podian ser vencidos en el campo de batalla, tampoco podian ser sorprendidos por pérfidos artificios. Por medio de algunos sacerdotes de los ídolos, á quienes con presentes hizo descubrir mas completamente la trama, citó á los principales caciques á sus cuarteles, para anunciarles su próxima partida, y pedirles dos mil hombres para llevar su artillería y bagages. Llamó en seguida á los embajadores megicanos; á quienes manifestó tener descubierto todo el plan de la conspiracion, y que atribuyéndose ésta al emperador su amo, debia y a tratarle como enemigo y marchar como tal contra su capital. Los embajadores sorprendidos se esforzaron en disculpar á su gobierno, imputando todo á los caciques de Cholula, con lo que Cortés les ofreció que castigaria severamente el desacato de acusar al emperador de una falta tan grave contra las leyes de la hospitalidad. La noche se pasó en continuos temores de un ataque repentino; pero á la mañana siguiente se presentaron los caciques trayendo un número mayor de hombres que el que se les habia pedido. Se hace entrar á estos en un patio grande del edificio en que estaban acuartelados los españoles, y Cortés llamando aparte á los caciques les echa en cara su perfidia, y ellos se escusan con las órdenes de Moctezuma: Cortés les reprende el

atentado de imputar al emperador su propio delito. y con aire severo les dice que hará por ello un castigo tan egemplar, que resonará en todos los ángulos del Anáhuac. En este momento se dispara un arcabuz que era la señal convenida: un fuego vivo que parte de todas las azoteas del cuartel, aniquila en un instante á los que estaban encerrados en el patio, al mismo tiempo que los tlaxcaltecas que habian acampado fuera de la ciudad, entran en ella sin perdonar mas que á las mugeres y á los niños, matando, ó haciendo esclavos á los hombres, y saqueando todas las casas, con el furor con que se vengán inveterados agravios. La obra de la desolacion caminó de tal manera, que segun el mismo Cortés, en dos horas murieron mas de tres mil hombres. La distribucion del botin se hacia por sí misma, pues los tlaxcaltecas preferian tomar los muebles, ropas y demas comodidades de la vida de que su pobreza les habia hecho carecer, mientras que para los españoles presentaba mayor atractivo el oro y la plata que tomaban como su parte. Cortés puso término á la matanza, y ofreciendo el perdon por lo pasado, dió libertad á dos de los caciques que tenia detenidos, y por su medio hizo volver á sus casas a los habitantes que habian huido despavoridos, y persuadiendo á los tlaxcaltecas que diesen libertad á sus prisioneros, hizo tambien cesar la enemistad que habia entre los dos pueblos. Tal fué la terrible egecucion de Cholula y no es extraño que, como dice Cortés á Carlos V "despues de este trance pasado, todos han sido y son muy ciertos vasallos de V. M. y muy obe-

dientes á lo que yo en su real nombre les he requerido y dicho, y creo lo serán de aquí en adelante."

En los quince ó veinte dias que permaneció Cortés en Cholula, un fenómeno natural vino á aumentar los siniestros presagios que contristaban á los habitantes, y fué motivo para inspirar mayor respeto hácia los españoles. El Popocatepec hizo una erupcion, levantándose de su cráter una gran columna de humo, con temblores de tierra y bramidos subterráneos. Cortés, tanto para examinar de cerca el fenómeno, cuanto para sostener la persuasion de que los españoles eran superiores á todos los peligros, despachó diez hombres, entre ellos á Diego de Ordaz, para que reconociesen la montaña, llevando en su compañía algunos indios que los guiasen. Estos no se atrevieron á pasar de cierto punto, ni los españoles tampoco pudieron por entonces llegar á lo alto del volcan, tanto por la mucha nieve que no dejaba afirmar el paso, cuanto por la ceniza que caía; pero pudieron descubrir desde aquella altura todo el valle de Mégico, y reconocer el camino que debian seguir para llegar á él, cuyo reconocimiento fué muy útil y satisfactorio para Cortés. Esta proeza mereció á Ordaz que se le concediese por Carlos V el poner en sus armas una montaña lanzando fuego, que ha sido el blason de su familia establecida en Puebla, en donde creo que todavía quedan descendientes suyos.

Resuelto Cortés á marchar á Mégico, Moctezuma hubo de ceder á la necesidad, y consintiendo finalmente en ello, envió muchas personas de distincion

que le acompañasen y dirigiesen en el viage, disculpándose del suceso de Cholula, que atribuyó á los habitantes de aquella ciudad. Por el reconocimiento que Ordaz habia hecho desde el Popocatepec, Cortés determinó pasar por entre los dos volcanes, no obstante las instancias que los embajadores megicanos le hacian para que tomase otro camino; pero despues del suceso de Cholula se recelaba de todo lo que se le proponia por los megicanos, temiendo caer en nuevas acechanzas. Hizo la primera marcha á Huejocingo, donde fué muy bien recibido, pues aquella república habia reconocido ya el dominio de los reyes de Castilla, y por Ameca, Cuitlahuac, ahora Tlagua, y Colhuacan llegó á Iztapalapa. Grande y maravilloso era el golpe de vista que se presentaba á los españoles al bajar la cordillera de montañas que cierra por el Oriente el hermoso valle de Méjico: en el centro de éste se descubrian los lagos, mucho mas extensos que ahora, cuyas márgenes estaban ocupadas por grandes poblaciones, y en el centro se levantaba la gran Tenochtitlan, como cabeza y señora de todas. Diversas calzadas formaban la comunicacion entre la ciudad y las riberas de las lagunas, y una inmensa muchedumbre de canoas flotaba en estas, conduciendo de una á otra parte los víveres y todas las demas cosas que animaban un tráfico muy activo, y toda esta magnífica escena estaba iluminada por la clara y hermosa luz de uno de los dias de otoño, en cuya estacion la atmósfera megicana tiene mayor pureza y diafanidad.

Tal fué la impresion que este espectáculo produjo en los espíritus, que Bernal Diaz que escribió muchos años despues, esclama: “¡agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó!”

Moctezuma habia mandado á encontrar á Cortés al camino á su sobrino el rey de Tezcuco, y en Iztapalapa le recibieron y obsequiaron el señor de aquel lugar y el de Colhuacan, deudos inmediatos del emperador. De allí salió Cortés para Méjico donde hizo su entrada el dia 8 de noviembre de 1519, por entre una multitud de gente reunida en las calzadas y en canoas, llena de admiracion con la vista de los caballos, de la artillería, del armamento y trages de los soldados, los cuales por su parte veian con asombro y no sin susto, aquella gran ciudad en que por todas partes se echaba de ver un grado de civilizacion, al que no habian encontrado nada semejante en todo lo descubierto hasta entónces en América, y en la que podian ser prontamente destruidos por la facilidad de cortar las comunicaciones, alzando los muchos puentes construidos en las calzadas.

Cortés entró por la calle que ahora se llama del Rastro, y que por mucho tiempo tuvo el nombre de Iztapalapa. Moctezuma, con un acompañamiento numeroso, salió á recibirle desde su palacio, que es ahora el Palacio nacional, y segun una antigua tradicion conservada en el hospital de Jesus, el punto en que le encontró fué frente á éste, y por recuerdo del suceso se hizo la fundacion en aquel parage; pero esto no

está de acuerdo con lo que dice el P. Sahagum, que supone que el encuentro fué mas adelante, ni ménos con lo que asienta Bernal Diaz, que expresa fué fuera de la ciudad. Moctezuma saludó á Cortés con agasajo, felicitándole por su llegada, y recibió un collar de vidrios de colores que aquel le echó al cuello, á cuyo obsequio correspondió luego con otro de mayor valor y encargando á su hermano, el señor de Iztapalapa, que acompañase á Cortés, él mismo se adelantó á esperarle en el alojamiento que le tenia destinado, que era el palacio de su padre Axayacatl que estaba en la calle de Santa Teresa, y se extendia hasta la del Indio triste. Allí le recibió en el patio, y conduciéndole por la mano á un salon ricamente aderezado, le dijo: "Malinche, en vuestra casa estais vos y vuestros hermanos, descansad:" con esto se retiró, ofreciendo volver luego. En todo este recibimiento de Moctezuma á Cortés, se deja ver un aire de dignidad y grandeza tal, que en nada desdeciria del ceremonial de las cortes mas refinadas de nuestros tiempos.

Moctezuma volvió á visitar á Cortés despues de comer, y en la conversacion que con él tuvo, se manifestó muy superior á las preocupaciones de sus paisanos; se informó con cuidado del nombre y grado de los principales oficiales, y al despedirse hizo un regalo de ropas para todo el egército, con cadenas y otros adornos de oro á Cortés. Los españoles celebraron aquella tarde su llegada con descargas de artillería, con asombro y terror de toda la ciudad, que por la

primera vez oía el estruendo de aquella arma, de cuyos estragos habian oido hablar con espanto.

Cortés pagò al dia siguiente la visita al emperador, y en ella, segun su costumbre, promovió desde luego la destruccion de la idolatría y el establecimiento del culto cristiano, así como tambien el reconocimiento del rey su señor, como descendiente de Quezalcoatli; pero encontró á Moctezuma poco dispuesto á dejar los dioses que estaba acostumbrado á venerar desde su infancia, y deseando Cortés ver el templo mayor y todas las curiosidades de la capital, se lo permitió dándole personas que le acompañasen é instruyesen.

El reconocimiento que Cortés hizo de toda la ciudad, y el golpe de vista que esta le presentó desde lo alto del templo mayor, le persuadió cada vez mas de cuán peligrosa era su situacion. Muy atrevida habia sido la resolucion de meterse con un corto número de españoles y algunos aliados, en medio de una ciudad populosa, á cien leguas de la costa, circundada por todas partes de pueblos que dependian de un príncipe, en quien no podia tener confianza alguna. Tanta temeridad no podia sostenerse sino á fuerza de nuevos golpes de audacia, y el que se resolvió á dar es de los mas pasmosos que la historia presenta. Seis dias despues de su entrada en Mégico llamó á consejo á los principales gefes del egército y les expuso todos los peligros de su posicion: los unos opinaban por salirse secretamente de la ciudad; los otros por hacerlo con el beneplácito de Moctezuma: pero Cortés, para quien no eran las medias medidas, les propuso ir atre-

vidamente al palacio del emperador y prenderle. Esta idea, mas propia de los libros de caballería que de una resolucion meditada, fué adoptada por las imaginations fáciles de inflamar de los valientes jóvenes que la oyeron, y una vez admitida, Cortés dispuso todo lo conveniente para su egecucion. Al dia siguiente fué al palacio con varios de sus capitanes, y despues de hablar de cosas indiferentes, el emperador le hizo varios obsequios y le ofrecio una hija suya en casamiento, lo que Cortés rehusó, porque dijo estar casado en la isla de Cuba, y que su religion no le permitia tener dos mugeres, y variando luego de asunto, Cortés le manifestó que estaba impuesto que Quauhpopoca, cacique de Nautla, habia hostilizado á la guarnicion que quedó en Veracruz, de cuyas resultas habian muerto varios soldados y el mismo Juan de Escalante que quedó mandando aquella plaza, todo lo cual se atribuia á órdenes de Moctezuma, y que para probar que no era así, era menester que hiciese venir á Mégico á Quauhpopoca para ser castigado. Moctezuma mandó inmediatamente su sello real á aquel cacique, ordenándole viniese; pero resistió vivamente el pasar al cuartel de Cortés cuando éste se lo exigió para mas completa satisfaccion. Al cabo de dos horas de disputa, amedrentado por el semblante violento y amenazas del jóven capitán Velazquez de Leon hubo de ceder, y Mégico vió con asombro ser llevado preso su emperador por un puñado de extrangeros que hacia pocos dias habian llegado, y al infeliz Quauhpopoca quemado vivo en la plaza pública con

otros que le habian acompañado, por el delito de haber obedecido á su soberano, y como si esto no bastase para humillar al emperador, el mismo aherrojado con grillos durante la egecucion de su general.

Moctezuma parecia complacerse en la compañía de los españoles, y Cortés aprovechaba la facilidad que el frecuente trato con el emperador le daba, para instruirse de la extension de sus dominios, y de todas las circunstancias del pais. Habiendo exitado la curiosidad de su prisionero para conocer los bajeles que se usaban en Europa, se hizo franquear todo lo necesario para la construccion de dos bergantines, contando servirse de ellos para abrirse un camino por el lago cuando le conviniese. Pero esta degradacion del monarca era motivo de disgusto para sus súbditos. El rey de Tezcucó, Cacama, intentó reunir á los grandes del reino para librar á su patria y á su soberano de la ignominia en que estaban; pero no fué apoyado, y al contrario algunos de los que lo acompañaban lo pusieron en manos de Moctezuma, el cual lo entregó á Cortés, y el resultado fué despojarle de su reino, y nombrar en su lugar á su hermano Cuitzca.

Cortés creyó su autoridad suficientemente establecida para pedir á Moctezuma un acto formal de reconocimiento de la soberanía de los reyes de Castilla. Moctezuma convocó á los señores de su corte, y muy enternecido les exigió que obedeciesen al soberano extrangero y á Cortés en su nombre, con la misma fidelidad con que á él le habian servido: así lo pro-

metieron y juraron ante escribano, y pidiendo Cortés que ofreciesen un presente considerable, dentro de poco tiempo trajeron gran cantidad de oro y plata, joyas y otras cosas preciosas cuyo importe, reducido al valor actual de la moneda, lo calcula el Sr. Prescott en seis millones y trescientos mil pesos. La distribución de tan gran tesoro fué motivo de fuertes disensiones entre los españoles, y como la parte que debía tocar á Cortés, que era el 16 por ciento, fuese ocasion de mayor descontento, este hombre que sabia sacrificarlo todo á sus grandes designios, la cedió en favor de los soldados mas pobres. La repentina riqueza fomentó entre la tropa el vicio del juego, y estos tesoros ganados con tantas fatigas y riesgos, pasaron prontamente de unas en otras manos segun el capricho de la suerte.

Quedaba un punto muy esencial que arreglar, y era el de la religion. Cortés instaba por el establecimiento del nuevo culto, lo que Moctezuma resistia, y esta resistencia fué tan vigorosa, que no pudo obtener Cortés ni aun la cesacion de los sacrificios, contentándose con que cuando fuese invitado á la mesa del emperador no se sirviese en ella carne humana. Todo lo que pudo adelantarse fué que en el templo mayor se colocase en una capilla un altar con una cruz y una imagen de la Virgen, y habiéndose hecho así, se cantó un solemne Te Deum con gozo general del ejército y se continuó celebrando misa mientras hubo vino con que decirla.

Pero estas innovaciones, sobre todo, las que toca-

ban á la religion, aumentaban el descontento y Moctezuma hizo conocer á Cortés la necesidad de partir para evitar una conflagracion general. Cortés lo ofreció así, mas como no habia buques en que embarcarse se dispuso todo para que se construyesen, aunque Cortés previno á los maestros encargados de la obra que no se diesen prisa en adelantar en ella. Otra novedad de la mayor importancia vino entónces á aumentar sus cuidados y á poner en riesgo cuanto tenia adelantado.

Diego Velazquez, como ántes hemos visto, habia resuelto hacer valer sus derechos por las armas, y no obstante las intimaciones que la audiencia de Santo Domingo le habia hecho, por medio del licenciado Ayllon, para que desistiese de un intento que podia traer tan funestos resultados, habia armado diez y ocho buques y levantado novecientos hombres de los cuales eran ochenta de caballería, todo con un gran tren de artillería y abundancia de pertrechos y municiones, cuyo mando dió á Pánfilo de Narvaez, que habia acompañado al mismo Velazquez en la conquista de Cuba. Esta armada, la mayor que hasta entónces habia surcado los mares de América, salió de Cuba en principios de Marzo de 1520, y siguiendo el mismo derrotero de Cortés, ancló delante de S. Juan de Ulúa el 23 de abril, un año exactamente despues que Cortés habia desembarcado en aquel punto. Allí supo Narvaez, por uno de los españoles mandados por Cortés á reconocer el pais, todo lo ocurrido en él desde la llegada de este, y tal re-